

[15]

Le apuesto a un mejor futuro de la isla

Yo soy Marianne, de apellido Harb Harb. Mis padres llegaron a la isla a finales de los años cincuenta y fueron de los primeros comerciantes que vinieron a la isla a aprovechar la apertura del puerto libre. Papá venía del Líbano y vendía telas en Barranquilla, de puerta en puerta y de pueblo en pueblo. Mi mamá nació en Barranquilla, de padres libaneses. Yo no naci aquí pero me considero isleña. Además, me casé con un isleño y tengo cuatro hijas isleñas. Estudié en la isla, en la Sagrada Familia. Al terminar cuarto bachillerato, me enviaron a Bogotá a hacer quinto y sexto. Entré a la Universidad Javeriana, a arquitectura, y en tercer semestre me dio la locura de aprender inglés y me fui a Carolina del Norte a un college, donde estuve cuatro meses. No lo terminé porque me presenté a un programa de diseño en Atlanta. Cuando me casé con un isleño nos fuimos a vivir a la Mosquitia, en Honduras. Regresamos a San Andrés. Estuve en el Banco de Occidente como subgerente. Yo trabajaba de día mientras estudiaba de noche. En 1999, entré en el área de promoción y desarrollo de la Cámara de Comercio, y luego me hice responsable de la parte ejecutiva y administrativa hasta que me encargaron de la dirección.

La relación de árabes con isleños

Estudié en la isla, en la Sagrada Familia. En esa época obligaban a hablar español y no se oía hablar en creole. Pero como se compartía otra forma de vida en San Andrés con el isleño, llegué a entender el creole. No me acuerdo de que hubiese diferencia social, que yo no pudiera ir a la casa de una isleña. A todas nos aceptaban sin distingos. Mis amigas de la época siguen siendo

el mejor futuro

mis amigas. Ahora en los colegios los grupos se han parcializado por niveles sociales. La diferencia en la educación se nota según la cuna de la que viene la persona. En el mismo colegio lo notas en la forma de expresarse y ver al otro, y no se da la misma oportunidad a todos.

Al terminar cuarto bachillerato, como estaba envoiada con un isleño mayor que yo, me enviaron a Bogotá a hacer quinto y sexto. Entré a la Universidad Javeriana, a arquitectura, y en tercer semestre me dio la locura de aprender inglés y me fui a Carolina del Norte a un college, donde estuve cuatro meses. No lo terminé porque me presenté a un programa de diseño en Atlanta y, estando allí, un isleño me propuso matrimonio.

Nos fuimos a vivir a la Mosquitia, en Honduras, en donde el había estudiado medicina y tenía que hacer el año rural allá. Ahí nació mi primera hija. Regresamos a San Andrés y aquí tuvimos tres hijas. El se dedicó a los servicios turísticos y al supermercado. Al cabo de catorce años de casada, me separé y empecé a trabajar, ya no con la familia, en almacenes, como había trabajado antes, sino que busqué otras opciones. Trabajé en el Banco de Occidente como subgerente. No me gustó oír los lamentos de las personas y no poder hacer nada. Yo trabajaba de día mientras estudiaba de noche.

El isleño es como el árabe, machista a morir. Es mujeriego y tiene un gran sentido de familia hacia los ancestros. No es organizado, no planea, vive al hoy y le gusta todo fácil. Son amables y

generosos. No es ingenuo como parece, ni los de antes ni los de ahora. Creen saberlo todo. Tienen un sentido muy fuerte de su dignidad y tienen una forma de quejarse que no es manifiesta, no son expresivos. Tienen sentido de la oportunidad; si se presenta, la toman. La corrupción fue inducida. No era algo propio de la comunidad. Cuando necesito gente honesta a mi lado invito a los isleños.

La colonia árabe

Los primeros árabes que vinieron a la isla lo hicieron a través de la costa colombiana. La colonia árabe se formó después, cuando llegaron más de diez familias. No está formada solo por libaneses. Hay también palestinos, aunque a todos nos llaman turcos. Todos los de esa época hablaban español en su casa. Por eso no hablamos árabe. Algunos lo aprendieron después. Los jóvenes de las siguientes generaciones árabes, profesan la religión musulmana y hablan árabe. En mi familia en cambio somos híbridos. Mi papá es musulmán, mi madre practica la filosofía hindú y mis hermanos y yo no tenemos religión pero creemos en Dios.

Los otros árabes que llegaron a la isla provenían directamente del Líbano, o de otras partes en donde ya estaban establecidos: Brasil, isla Margarita, Venezuela, Maicao, Canadá, Panamá. Las nuevas generaciones, regresan y siguen la tradición. Las mujeres (entre 14 y 15 años) viajan al Líbano a fortalecer el vínculo con la cultura árabe después de graduadas y a casarse. Los jóvenes se casan también con otras mujeres libanesas que han vivido en otros lugares del mundo y que también acuden al Líbano como punto de encuentro.

Los hijos de árabes que estudian fuera se quedan por allá pues no ven futuro en San Andrés. Los que regresan son personas que profesionalmente no están formadas y tienen negocio en la isla o que vienen a ejercer un puesto. Los hijos que se quedan se vuelven comerciantes. Pocos se hacen profesionales.

Ese sentido nómada de abrir camino, establecerse y volver a arrancar es del Medio Oriente. Se vienen y van trayendo familiares y otros de su pueblo. La ley del que emigra es volver al pueblo

en mejores condiciones económicas de las que tenían, para que cuando regresen los vean bien. Todos aspiran a regresar aunque tienen todo aquí. Son empíricos, aprenden de las oportunidades que les brinda cada lugar. Además, aquí hay facilidad de transporte, todo es simple, el estudio para los hijos. Por la crisis muchos han regresado al Líbano. Se va primero la familia y el padre como la cabeza de familia se queda.

Los de la colonia aparecen como una comunidad solidaria. No se si es más bien un sentido de pertenencia cultural. Cuando se muere o se enferma alguien, ves a todo el mundo unido. Pero la competencia comercial es lo que predomina.

Los de la colonia árabe tienen cédula colombiana y se sienten sanandresanos. No están de acuerdo con el separatismo, saben que le deben mucho a Colombia aunque tienen poco nexo con el interior.

Al frente de la Cámara de Comercio

En 1999, entré en el área de promoción y desarrollo de la Cámara de Comercio, y luego me hice responsable de la parte ejecutiva y administrativa hasta que me encargaron de la dirección. Reestructuré la Cámara y superé la crisis pues iba a la quiebra por iliquidez. Los ingresos que se percibían no eran los esperados para la ejecución presupuestal. Con la reestructuración me tocó unir puestos, hacer la gestión de registro mercantil, buscar que cumplieran con las cuotas, y ayudar a recaudar los ingresos e imponer austeridad. Eso permite ahora la actualización del registro de la Cámara.

La gente cree que la Cámara tiene que solucionarle todos los problemas, pero no tiene recursos para ayudar al desarrollo empresarial de la región. Apenas lleva los registros. Matriculados están como siete u ocho mil entidades, pero los que están activos son como cuatro o cinco mil. Los ingresos solo dan para que funcione la parte operativa. Hay la percepción de que el que entra a la Cámara se enriquece y se eterniza porque no quiere que se desbarate lo hecho. La mayoría del comercio es de libaneses. Por eso, cuando alguien no puede entrar, se vuelve contra la Cámara. Hay que prestarle atención a la Cámara,

sus directivos deben ponerse a la altura del modelo económico y proyectarse hacia metas claras y consolidadas. Por lo tanto debe despolitizarse. La Federación Colombiana de Comerciantes (Fenalco) es un gremio más pequeño. No tiene la estructura ni los ingresos de la Cámara.

Los problemas de la isla y las soluciones

Entre el mundo de ahora y el que existía cuando yo estudié veo grandes diferencias. Planeación física no hubo. Ahora, mansión y rancho están cayéndose. Hay una enorme falta de gestión por las diversas entidades y actores.

El que salió y estudió, cambió. El que se quedó se resiente por lo que percibe como una invasión. Aquí la gente le abre las puertas a todo el mundo así no sea del mismo nivel. ¿Qué puede sentir el que va a la misma escuela del vecino pero la isla no le puede ofrecer lo mismo? Querer algo que no puede crea resentimiento.

Esto se volvió un problema desde que faltó el dinero. En 1993 y 1994 parecía que fuera la opulencia. Había los mismos problemas pero todos recibían lo que necesitaban. ¿Qué hizo el cambio? Pues el fin de la época del narco, cuando había dinero y una economía ficticia, que ocurrió al mismo tiempo que la reestructuración, la crisis y el recorte, como en todo el país. Culpar a alguien, decir que son los continentales, es la forma más fácil de hacerle frente a la situación.

Más que sobrepoblación en San Andrés hay concentración de población en un solo sector y hay que distribuirla. Las políticas del gobierno depar-

tamental actual (Ralph Newball), de sacar 40.000 personas, no son la solución porque el que se va es el que si tiene y está generando algo de empleo. El que no tiene nada dice: si nunca he tenido, a mí no me hace falta no tener y aquí me quedo.

No creo que se haya perdido la cultura de la isla. Eso es algo que nadie te lo quita, se transmite. Si quieres conservar lo tuyo lo conservas. ¿Por qué los libaneses tienen su cultura? A mí nadie me dice: haz tu cultura, es tuya. Eso es algo que me nace. Si te obligaron a hablar en español pues te ganaste otro idioma. El problema es la posición y la forma de asumir las cosas. Es verdad que el gobierno central no preparó a los nativos diciendo: el camino que va a coger San Andrés es éste, como sí se está tratando de hacer ahora.

Tiene que haber un cambio de rumbo. Hay que aceptar que San Andrés tiene que enfocarse en algo, planear y organizar el futuro o, si no, no puedes esperar que dentro de diez años haya nada. La incertidumbre es total porque el gobierno departamental no ha estado enfocado en esa dirección.

Pienso que el eje de San Andrés debe ser un turismo mejor enfocado, pues no fue creado como tal sino como anexo a una actividad comercial. Le veo futuro a la isla como destino turístico y con un comercio especializado. Le apuesto a un mejor futuro de la isla. No pierdo las esperanzas. Desde la Cámara tengo pensado que, para salir adelante comercialmente, que es en lo que estoy, hay que acudir a un plan estratégico de comercio, como se está haciendo en el campo del turismo, para enfocarlo hacia algo que valga la pena.

Además, ellos tienen su licencia para pesca. Algunos de esos barcos tienen bandera colombiana y estaban pescando para Villegas, pero nadie los ve que eran realmente legítimos hondureños, con bandera hondureña y tripulantes hondureños. Y estaban pescando cerca de los cayos.

Yo digo, «a la hora del té no tengo palabras para expresarlo, pero ¡cómo quisiera yo que la gente me entendiera!» en pocas palabras la cosa es que, dentro de poco, la situación se puede volver crítica y peligrosa porque se va a producir miseria en Isla Grande para nosotros y también para ellos.